

Los trabajos y los días

Eduardo A. Russo

Arkadin (N.º 7), pp. 162-165, agosto 2018. ISSN 2525-085X

<http://papelcosido.fba.unlp.edu.ar/arkadin>

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

The Works and Days



EDUARDO A. RUSSO

earusso@fba.unlp.edu.ar

Facultad de Bellas Artes. Universidad
Nacional de La Plata. Argentina

Reseña a Raúl Ruiz (2017). *Diario. Notas,
recuerdos y secuencias de cosas vistas.*

Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad
Diego Portales, 1216 páginas

Recibido: 6/2/2018 | Aceptado: 11/5/2018

RESUMEN

El artículo comenta la edición en dos tomos del diario del chileno Raúl Ruiz, el más prolífico cineasta contemporáneo, el escrito compone una semblanza del artista que entrecruza las entradas típicas del diario personal con referencias a su trabajo de cineasta y reflexiones sobre una variedad de cuestiones.

PALABRAS CLAVE

Cine; diario; Raúl Ruiz; teoría
cinematográfica; poética del cine

ABSTRACT

The article reviews the two-volume edition of the diary written by the Chilean filmmaker Raúl Ruiz, the most prolific contemporary director. The writing composes a semblance of the artist that mixes the typical entries of the personal diary with references to his work as a filmmaker and reflections on a variety of issues.

KEYWORDS

Cinema; diary; Raúl Ruiz; film theory; film
poetics



Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NonCommercial-SinDerivadas
4.0 Internacional

Los dos voluminosos tomos del Diario de Raúl Ruiz presentan una selección de los veinticinco cuadernos conservados (entre una cantidad total imposible de precisar, dado que varios fueron perdidos por el mismo autor en las circunstancias más diversas, en su mayoría en taxis y aeropuertos) entre los escritos por el cineasta desde 1993 hasta casi los últimos días de su existencia.

A partir de esos cuadernos escritos con caligrafía intrincada, la labor del editor de *Diario*, el filósofo y especialista ruiziano Dardo Cúneo, constituyó una empresa casi detectivesca y, por sus dimensiones, titánica. Cabe resaltar que estaba adecuadamente pertrechado para ella, tras haber encarado exitosamente en la misma editorial universitaria las ediciones de sus tres *Poéticas del Cine* agrupadas en un solo tomo y de *Entrevistas escogidas, filmografía comentada* que desde su publicación en 2013 se han erigido en dos títulos esenciales del canon Ruiz.

Cúneo detecta en su prólogo al libro una nota central que atraviesa sus 1216 páginas: una nítida melancolía, en cierto modo afín a la del narrador de *El tiempo recobrado* (1927), de Marcel Proust, que de una manera misteriosa agudiza su lucidez. No ha sido por azar que precisamente esa fue la novela proustiana que Ruiz convirtió magistralmente en una película en 1999. Esa disposición de ánimo tiñe transversalmente la extensión de los dos tomos del *Diario*, pero se trata de una melancolía que, además de redoblar su agudeza, de ningún modo constituye un obstáculo para que fluya la característica energía del realizador, esa que lo llevó a filmar más de 120 películas y a pergeñar incansablemente un proyecto tras otro. Es de resaltar, incluso, que algunas de sus obras maestras fueron realizadas en breves intervalos entre sus filmes más planificados. Más aún, a partir de esos pocos intersticios disponibles entre sus producciones de mayor compromiso industrial asomaron algunas películas clave de los últimos veinte años de su carrera.

Insiste en el *Diario*, especialmente en su primera mitad, la conciencia de ser un exote, esto es, de pertenecer a esa curiosa condición modelada hace un siglo por el médico, etnógrafo y poeta Victor Segalen, para designar a aquellos sujetos cuyas existencias perseveran en un estado de ajenidad, tanto espacial como temporal. Ruiz no solo acusa recibo de persistir en una lejanía constitutiva, sino que, también, percibe el tiempo durante la redacción de su *Diario* como la expansión de una anacronía, a veces puntuada por algunos azares felices, el encuentro con amigos regado por vinos elegidos y banquetes de cuatro platos, y el desencuentro con otros personajes, entre los que empeñosamente se destacan algunos productores y críticos. No obstante los recreos y labores felices, ya en los primeros años del *Diario*, en tiempos del centenario del cine, la sombra de un final se cierne sobre el artista: «¿Cuántas películas me queda por filmar? ¿La última? Serenidad y tristeza» (2017a, p. 105) En el segundo tomo a la conciencia de ser un raro anacronismo persistente, se impone más la conciencia del tiempo que apremia y resta. Si 8 de noviembre de 1997 indica entusiasta: «Me desperté a las 6 de la mañana con ideas para tres films» (2017a, p. 206), tal ebullición se matiza con la desazón. El 8 de marzo de 1998 escribe: «de nuevo el fantasma que me visita y que dice que mis filmes son invendibles, invisibles, indigeribles» (2017a, p. 255). Conciencia de ser un exote, pero uno especialmente productivo, tanto es así que el lector del *Diario*, como el espectador de los filmes de Ruiz, se expone frecuentemente a la impresión de que, a la manera en que ocurría con Mallarmé, de acuerdo a su celeberrima sentencia, que todo existe en el mundo para terminar en un libro, en Ruiz todo, pero muy

especialmente lo leído, amenazaba con desembocar en una de sus películas. Aquellas de las que, cuando se le interrogaba sobre su contenido, el autor insistía —y el *Diario* da aca-bada cuenta de las maquinarias que conducían a ello— en que fundamentalmente trataban de los libros que estaba leyendo cuando las rodaba.

Durante un par de años (2001-2002) el *Diario* contó con dos versiones simultáneas, lleva-das por Ruiz no para dar cuenta de una doble vida, sino para enfrentar los acontecimientos cotidianos por medio de una entrada doble, un ángulo diverso y, además, para contrarrestar esa tendencia a perder sus cuadernos por cualquier parte. Uno de los diarios, el de escri-torio, permanecía en casa y otro más liviano (cuyas entradas quedan identificadas con las letras «DP»: diario paralelo) era para llevarlo por todas partes, incluso —detalle ruiziano por excelencia— hasta para perderlo; de hecho solamente sobrevivieron en sus manos dos cuadernos del diario paralelo. En esa curiosa relación en la que Ruiz adivinaba hasta una rivalidad, como si ambos diarios no se llevaran muy bien y generaran un encono creciente entre sus relatos y descripciones, transcurren dos años cruciales y que son irreductibles a un hilo principal. Todo lo contrario, hasta establecen un campo de tensiones donde cada hecho queda relativizado por el acabado que le da no otra cosa que el punto de vista de su relator, cambiante de una a otra circunstancia, momento y soporte. En ese culto del fragmento y de la diversidad de las perspectivas, como corresponde a ese gran enemigo de las narraciones con un dominante conflicto central que fue Raúl Ruiz, por las digresiones y la dispersión se filtra la vida del cineasta a cada página. En ese sentido, el *Diario* y sus elucubraciones presentan la mayor fidelidad posible al compromiso que el autor no cesaba de enunciar en cada ocasión que se lo inquiría por su método: si es que había uno, este consistía en irse por las ramas, derecho a lo esencial. Es de ese modo, perdiéndonos en las presuntas ramificaciones, que nos enteramos de la cocina secreta de sus filmes y de esa otra alquimia culinaria que disponía con refinamiento de sibarita para sus amigos, ya fuera en su guarida parisina o en las largas ocasiones en que filmaba en uno u otro confín del planeta. También destaca en el *Diario*, y por momentos con una mordacidad de fiereza inusual para alguien que en su trato oral hacía un verdadero culto en torno a la reticencia, su problemática relación con Chile, desde las largas cuentas pendientes del primer tomo hasta el paulatino y sereno entendimiento de los últimos años. Un desplazamiento que en cierto modo fue paralelo a su formidable concepción del *travelling*. En cierto punto Ruiz (2017a) escribió: «Todo travelling es un viaje hacia la infancia» (p. 93). El lento proceso de acuerdo con su tierra natal no tuvo tanto el perfil de un retorno en términos geográficos sino la re-cuperación, parcial, espectral, pero decisiva en términos vitales, de un tiempo recobrado.

Resulta especialmente significativo que la prodigiosa productividad de Ruiz (quien lle-gaba a filmar durante el tiempo de redacción de su *Diario* hasta cuatro o cinco películas anuales, de diversos formatos y modos de producción) fuera acompañada en las entradas de los cuadernos por cierta queja jocosa por su inclinación a holgazanear, o como refería reiteradamente, a hacer «vida de jubilado». Sin duda aparecen los trajines y los embrollos de un trabajo incesante, pero curiosamente entretrejido con tiempos ociosos y en suspenso, deambulando por las ciudades más diversas, atendiendo su pulsión coleccionista —de libros, de monedas o estilográficas— o simplemente eligiendo la mejor trufa o el vino de la cosecha más adecuada para la cena.

En el segundo tomo del *Diario* el trabajo no cesa, y hasta se deja percibir una urgencia

creciente. Las adversidades comienzan a adivinarse más imperiosas, los obstáculos materiales se redoblan cuando persigue sus proyectos, incluso en tiempos de reputación crítica creciente. Pero resulta admirable cómo la disposición de Ruiz no cede cuando la salud comienza a flaquear, y lo que en los primeros años del Diario podría confundirse como una inclinación a la hipocondría que acompañaba el diario control de su glucemia y cierta exageración de los posibles achaques de la edad, va derivando en una grave situación médica, que lo aqueja en sus últimos años y el cineasta afronta con discreción y estoicismo notable. Si el Diario es escenario de una rara forma de melancolía que fue un verdadero motor para el cineasta, éste no permitió que fuera una zona de expansión para la queja.

En cuanto a su visión del cine propio y ajeno, una compleja ambivalencia se advierte en la percepción de su tiempo que ostenta Ruiz a lo largo de los dos tomos del *Diario*. Por una parte, acecha (especialmente en el primer tomo acaso influido además de la perspectiva particular, por un clima de época justificadamente *fin de siècle*) cierta sospecha de que el cine era entonces algo que ya había tenido su lugar. Pero paralelamente, Ruiz insinuaba el advenimiento de nuevas posibilidades, de una reorientación paralela a cierta diseminación productiva y revitalizadora del cine. No el fin de una historia, sino la continuación de una creciente multiplicidad de historias, que en la misma proliferación se aseguran la supervivencia. Medita Ruiz (2017a): «En cada película está contenida y repetida la historia del cine. Pero ¿se le puede llamar historia a una serie de hechos que no cesan de recomenzar?» (p. 46).

Afecto a los cenáculos y camarillas, Raúl Ruiz perteneció y animó durante su larga estancia en Francia al así llamado Círculo de Belleville, un grupo de amistades con quienes discutía principalmente cuestiones de filosofía y de matemáticas, por lo común lindantes a adecuados banquetes. También fue fundador y miembro destacado de un excéntrico Club de los Caballeros Antiguos, de misión más esotérica pero que incluía entre sus condiciones de admisión el no conducir automóviles. Restricción que no le impedía, pruebas a la vista, todo tipo de insólitos y extremos nomadismos, vividos con caballerosa elegancia. Este *Diario*, a la vez de ofrecer una multitud de pistas notables para avizorar —en su desarrollo y detalle— un método en la poética y la estética cinematográfica de Raúl Ruiz, es también un libro de viajes de todo tipo, tanto exteriores como interiores. Pero sobre todo, seguramente, más que cualquier otra cosa, consiste en una entrañable e iluminadora semblanza de su autor, ese caballero antiguo que cada vez más se nos revela como un cineasta del futuro.

REFERENCIAS

- Ruiz, R. (2013a). *Entrevistas escogidas, filmografía comentada*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ruiz, R. (2013b). *Poéticas del cine*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ruiz, R. (2017a). *Diario I. Notas, recuerdos y secuencias de cosas vistas*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ruiz, R. (2017b). *Diario II. Notas, recuerdos y secuencias de cosas vistas*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.